

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administr.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

LOS EXPONENTES DE LA REACCION

Acostumbrados a juzgar el problema humano en sus manifestaciones materiales, no tenemos en cuenta otros motivos de lucha que los derivados de la cuestión económica. Y es así como la lucha de clases, exenta de toda idealidad superior, más que la concreción de una idea de justicia, es el hecho biológico obrando sobre los sentidos del hombre y despertando en él todos sus instintos animales...

La lucha es vida. Los pueblos fuertes, sanos de cuerpo y de espíritu, no renuncian a sus exponentes de virilidad. Pero una cosa es luchar por ideas superiores y otra disputar a dentelladas el diario mendrugo.

No son los trabajadores, huérfanos de espiritualidad y hambrientos de pan y sedientos de justicia, — los parias que llevan sobre sus hombros el peso de seculares ignominias, los esclavos que soportan el yugo económico y la cadena moral de todos los despotismos —, los responsables de esa guerra fratricida. Renunciar a esa lucha significaría el fáctico renunciamiento a la vida intensa, con sus inquietudes y con sus esperanzas.

El anarquismo es un ideal de libertad, de justicia y de fraternidad. ¿Responden todas las luchas del proletariado a esos postulados redentores? Los más ilustres precursores del anarquismo, y con ellos los que buscaron en la masa obrera el material humano para encarnar las ideas en el verbo de la acción revolucionaria, sostuvieron siempre que el problema social no se reducía a un simple antagonismo de clases. Más allá de la lucha económica, del diario litigio por la conquista del pan, está el problema capital: la esclavitud moral, origen de todos los despotismos, efecto y causa de los males que afligen a la humanidad desde que el primer hombre adoró al primer fetiche y aceptó la superioridad de otro hombre. ¿Cómo borrar de la conciencia humana ese pecado original?

Hasta ahora, todos los gestores de revoluciones, todos los apóstoles de la libertad y todos los renovadores sociales, buscaron en el pueblo la fuerza bruta, instintiva, que obrara a modo de formidable ariete para demoler los viejos edificios estatales. Y los cambios se sucedieron, suplantando un régimen de dominio a otro sistema igualmente despótico, relevándose en el poder "castas elegidas" que alegaban su derecho a gobernar a los pueblos, haciendo los tiranos cómplice a dios, o a la ley, de sus infamias y de sus crímenes.

Los anarquistas tratamos de dar otro sentido a la lucha social. Más

que lucha por la libertad, esta guerra por la posesión económica del mundo es una lucha de bajos egoísmos y de groseras ambiciones. Se les ha enseñado a los obreros a odiar al burgués; se les dice que el patrón es su único enemigo; se les repite que hay necesidad de cambiar este

gradaciones evolutivas de la humanidad se producen en sentido ascendente. ¿Qué diremos de un movimiento subversivo dirigido contra las castas dominantes, que solo se limita a suplantarse las viejas con nuevas fórmulas de explotación y deja en pie las causas morales y materia-

cionario el derecho al patrimonio arrebatado a los pueblos por sus antiguos tiranos?

Ahí tenemos, como ejemplo ilustrativo, el resultado de la revolución rusa. Y ahí tenemos también, como perenne demostración de lo que nos deparan las subversiones populares de esta hora, ese desborde de violencias que terminan en un vulgar atraco a los graneros de los ricos. El proletariado, tomado en su conjunto, es un montón de apetitos y de pasiones: instinto y necesidades materiales. Y ¿qué se puede exigir a esa masa ilusionada por la potencia de su fuerza material, pero impotente para realizar el más mínimo esfuerzo mental?

Se le dice al pueblo que su felicidad consiste en destruir las causas materiales que lo tienen ahogado y sumiso. Y, como única síntesis de sus esfuerzos, se le ofrece un nuevo sistema de explotación basado en su domesticidad y en su renunciamento a ejercer otro órgano que no sea el estómago.

La síntesis revolucionaria de esta hora, está concretada en esta sola palabra: dictadura. Y ya se sabe que con la dictadura de una "clase elegida", aún cuando expulsa y tiranice en nombre del proletariado, no se conquista la libertad, la igualdad y el derecho para todos los hombres.

El Pretorianismo fascista



(Resurgido entre aclamaciones ventosas y un torrente de diarreas). Dio mío, ¿esta que hice es la Italia del "antico valor" o una letrina?

sistema social de explotadores y explotados, de hartos y de hambrientos, de amos y de siervos. Pero en esa prédica no está el fundamento de las ideas redentoras. ¿Qué importa que los trabajadores tengan conciencia de su situación inferior en relación a las castas privilegiadas, si se empieza por desarrollar sus instintos de dominio y se les ofrece un mundo en el que ellos serán los amos, los expoliadores, los gobernantes?

No solamente en la burguesía están las fuerzas que impiden la marcha del progreso. Una revolución puede significar también un retroceso espiritual, porque no todas las

les que determinaron el levantamiento popular? La historia registra, infinidad de revoluciones incompletas, sin otro significado social que el cambio de dinastías gobernantes, de regímenes jurídicos y de castas privilegiadas.

Las revoluciones de este siglo, inspiradas en las teorías político-económicas de Marx, ¿cambian el sentido interpretativo del hecho social? ¿Se producen en forma opuesta a las realizadas hasta hoy? ¿Concretan un ideal de libertad y de justicia y cierran el ciclo histórico de las luchas mantenidas por las castas que alegaban como único principio revolu-

El sufragio

Digámoslo bien alto: que el rebaño electoral sea esquilado, comido, sazonado para todas las salsas, ¿qué puede importarnos? Nada... no queremos votar, nosotros, pero los que votan, eligen un amo, que será, queramos o no, nuestro amo... Que el ganado electoral sea conducido a golpes, poco nos importa, pero construye también barreras en las que se acantonan y quiere meternos, nombra amos que le conducirán y quieren conducirnos... Estas barreras son las leyes... Estos amos son los legisladores... Nos es preciso trabajar para destruir a unas y a otros, aunque para ello debiésemos dispersar a lo lejos el estercolero en que se desarrollan los diputados y senadores, el estercolero electoral.

Albert LIBERTAD

Subscripción del Suplemento
y "La Protesta" inclusiva,
\$ 2 — mensuales

La censura deja tranquilos a los cuervos y persigue a las palomas. — Juvenal

PAGINA DE ARTE

EL ARTE

CONVERSACIONES DE RODIN

XI

El pensamiento en el arte

(Conclusión)

Si yo creo que un estatuero puede limitarse a pintar la carne que palpita, sin preocuparse del asunto, eso no significa que pienso que debe excluir las ideas de su trabajo; si declaro que puede excusarse de buscar símbolos, no significa que yo sea partidario de un arte desprovisto de sentido espiritual.

Pero en verdad todo es idea, todo es símbolo. Las formas y las actitudes de un ser humano revelan necesariamente las emociones de su alma. Este cuerpo expresa siempre el espíritu que lo mueve. Y para el que sabe ver, el desnudo ofrece el más rico significado. En el ritmo magistoso de los perfiles, un gran escultor, un Fidias, reconoce la serena armonía esparcida en toda la naturaleza, por la Sabiduría divina; un simple torso, tranquilo, bien equilibrado, radioso de fuerza y de gracia, puede hacerlo pensar en la todopoderosa razón que gobierna al mundo.

Un hermoso paisaje no conmueve solamente por las impresiones más o menos agradables que procura, sino, sobre todo, por las ideas que despierta. Las líneas y los colores no emocionan por sí mismas sino por el sentido profundo que se les da. En la silueta de los árboles, en los recortes de un horizonte, los grandes paisajistas, los Ruysdael, los Cuyt, los Corot, los Teodoro Rousseau entreven pensamientos sonrientes o graves, atrevidos o descorazonados, apacibles o angustiosos, que armonizan con la disposición de su espíritu.

Es que el artista, desbordante de sentimiento, no puede imaginar nada que no lo tenga como él mismo. En toda la naturaleza, intuye una gran conciencia parecida a la suya. No existe un solo organismo viviente, ni un objeto inerte, ni una nube, ni un retoño en la pradera que no le confíe el secreto de un poder inmenso, oculto bajo todas las cosas.

Miremos las obras maestras del arte. Toda su belleza proviene del pensamiento, de la intención que sus autores creyeron adivinar en el Universo.

¿Por qué nuestras catedrales son tan bellas? Porque en todas las representaciones de la vida, en las imágenes humanas que adornan sus portales y hasta en las ramas que florecen en sus capiteles, se descubre la marca del amor celeste. En todo los dulces imagineros de la edad media han visto resplandecer la bondad infinita. Y con su encantadora ingenuidad, proyectan un reflejo de bienaventuranza hasta en los rostros de sus demonios, a los cuales les concedieron una amable malicia y una parentela con los ángeles.

Véase, no importa qué cuadro, de un maestro, un Tiziano, un Rembrandt, por ejemplo.

En todos los retratos del Tiziano se

nota la energía altañera, que, sin duda, tenía él mismo. Sus opulentas mujeres desnudas se dejan adorar como divinidades seguras de su dominación. Los paisajes que decoran árboles majestuosos y que empurran triunfantes puestas de sol, no son menos soberbios que sus personajes. Sobre toda la creación ha hecho reinar el orgullo aristocrático: este ha sido el constante pensamiento de su genio.

Otra clase de orgullo domina la rugosa máscara de los viejos artesanos que pintó Rembrandt; ennoblece sus devanes ahumados y sus pequeñas ventanas a sivas; embellece sus paisajes rústicos y llanos; magnífica los techos de las chozas, que su buril amaba tanto acariciar en el cobre. Tiene el bello valor de los seres modestos, la santidad de las cosas vulgares, piadosamente amadas, la grandeza de la humildad que acepta y llena dignamente su destino.

Y tan vivaz, tan profundo es el pensamiento de los grandes artistas, que se ve hasta fuera de todo asunto. No tiene ni siquiera necesidad de una figura entera para expresarse. Tomad no importa qué fragmento de obra maestra y en él reconoceréis el alma del autor. Comparad las manos de dos obras maestras pintadas por el Tiziano y por Rembrandt. La mano del Tiziano será dominante; la de Rembrandt será modesta y erguida. En esos pequeños fragmentos de pintura cabe todo el ideal de esos maestros.

Aunque los artistas no han tenido siempre las intenciones, a veces inesperadas, que les atribuyen algunos admiradores de cerebro complicado, sin embargo podemos estar convencidos que los maestros tienen siempre plena conciencia de lo que quieren y de lo que hacen.

En verdad, si ciertos escépticos supieran las energías que necesita a veces el artista para traducir, bien debilmente por cierto, lo que piensa y siente con gran fuerza, no dudarían seguramente de que lo que aparece tan luminosamente en un pintura o en una escultura es el resultado de la conciencia y de la voluntad.

En suma, las puras obras maestras son aquellas en las cuales no se encuentra absolutamente nada que sea inexpresivo como forma, líneas y colores, pero donde todo, completamente todo, se resuelve en pensamiento y en alma.

Es muy posible que cuando los maestros animan a la naturaleza con su ideal, se ilusionen.

Es posible que él se gobernada por una Fuerza indiferente o por una Voluntad que nuestra inteligencia es incapaz de comprender.

Por lo menos el artista, representando el Universo tal como lo imagina, formula sus propios sueños y en cambio de la naturaleza, él celebra su alma.

Y así enriquece el alma de la humanidad.

Porque teniendo con su espíritu al mundo material, revela a sus contemporáneos extasiados mil matices del sentimiento. Les hace descubrir en sí mismos riquezas hasta entonces ignoradas. Les da nuevas razones para amar la vida, nuevas claridades interiores para conducirse.

El es, como decía Dante de Virgilio: su guía, su señor y maestro.

XII

El misticismo en el arte

¿Somos religiosos los artistas?

Según el significado que se dé a la palabra. Si se entiende por religioso al hombre que se sujeta a ciertas prácticas, que se inclina ante ciertos dogmas, evidentemente, yo, por mi parte, no soy religioso. ¿Quién lo es todavía en nuestra época? ¿Quién puede abdicar a su espíritu de crítica y a su razón?

Sin embargo, a mi entender, la religión es otra cosa que el balbuceo de un credo. Es el sentimiento de todo lo que está inexplicado y sin duda inexplicable en el mundo. Es la adoración de la fuerza ignorada que mantiene las leyes universales y que conserva los tipos de los seres; es la sospecha de todo lo que en la Naturaleza no cae bajo nuestros sentidos, de todo el inmenso dominio de las cosas que ni los ojos de nuestro cuerpo, ni los de nuestro espíritu, son capaces de ver; es además el impulso de nuestra conciencia hacia el infinito, la eternidad, hacia la ciencia y el amor sin límites, promesas probablemente ilusorias, pero que en esta vida hacen palpitar a nuestro pensamiento como si se sintiera alas.

En este sentido yo soy religioso. Si

otros sentidos y que el mundo de las apariencias nos basta. Se nos toma por niños que se embriagan con tornasolados colores y que se divierten con las formas como con muñecas... Se nos comprende mal Las líneas y los matices no son para nosotros sino realidades ocultas. Más allá de las superficies, nuestras miradas sondean hasta el espíritu, y cuando, después, reproducimos los contornos, los enriquecemos con el contenido espiritual que ellos envuelven.

El artista digno de este nombre debe expresar toda la verdad de la naturaleza, no solamente la verdad externa, sino también y sobre todo la interior.

Cuando un buen escultor modela un torso humano, no representa solamente los músculos, sino la vida que los anima... más que la vida... la fuerza que los construye y les comunica ora la gracia, ora el encanto amoroso o la foga de la indomable.

Miguel Ángel hace tronar la fuerza creadora en toda carne viviente... Luca de la Robbia la hace sonreír divinamente. Así, todo estatuero, según su temperamento, presta a la naturaleza un alma terrible o muy dulce.

Probablemente el paisajista va más lejos. No es solamente en los seres animados que percibe los reflejos del alma universal: también los vé en los árboles, los matorrales, las llanuras, las colinas. Lo que para los otros hombres... sino madera o tierra, adquiere, para el gran paisajista, el aspecto de una especie de rostro de un ser inmenso. Corot veía la hondura esparcida sobre la cima de los árboles, sobre la hierba de las praderas y sobre el espejo de los lagos. Millet veía el sufrimiento y la resignación.

En todo el gran artista oye al espíritu responder a su espíritu. ¿Cómo encontrar un hombre más religioso? El escultor, ¿no adora también cuan-



MILLET — (Pastora) — Millet veía en la Naturaleza el sufrimiento y la resignación.

do percibe el carácter grandioso de las formas que estudia, cuando, entre las líneas pasajeras, sabe desprender el tipo eterno de cada ser, cuando parece discernir en el seno mismo de la divinidad los

modelos inmutables; sobre los cuales todas las criaturas están moldeadas? Mirad por ejemplo las obras maestras de la estatuaría egipcia, figuras humanas o animales, y decid si la acentuación de los contornos esenciales no produce el efecto turbador de un himno sagrado. Todo artista que tenga el don de generalizar las formas, es decir, de acusar su lógica sin vaciarlas de su realidad viviente, provoca la misma emoción religiosa; porque nos comunica el estremecimiento que ha sentido él mismo ante las verdades eternas e inmortales.

El misterio es, por otra parte, como la atmósfera donde viven las mejores obras de arte.

En efecto, ellos expresan todo lo que el genio siente frente a la Naturaleza, y la representan con toda la claridad, con toda la magnificencia que un cerebro humano es capaz de descubrirle. Pero, forzosamente, también chocan con el inmenso Incognoscible que envuelve por doquier la pequeñísima esfera de lo conocido. Porque al fin, nosotros no sentimos ni concebimos en el mundo sino esa extremidad de las cosas por las cuales se nos presentan impresionando nuestros sentidos y nuestra alma. Pero todo lo demás se prolonga en una oscuridad infinita. Y hasta bien cerca de nosotros, miles de cosas se nos ocultan porque no estamos organizados para verlas.

Ya lo dijo Victor Hugo mejor que yo: No vemos nunca más que un solo lado de las cosas; — El otro se hunde en la noche de un misterio espantoso. — El hombre sopora el efecto sin conocer las causas: — Todo lo que vé es corto, inútil y fugaz.

Las bellas obras, que son los más altos testimonios de la inteligencia y de la sinceridad humanas, dicen cuanto se puede decir sobre el hombre y el mundo, y además hacen comprender que hay algo más que no puede conocerse.

Toda obra maestra tiene ese carácter misterioso. Se encuentra en ella siempre un poco de vértigo. Recordad el punto de interrogación que flota sobre todas las obras de Leonardo. Pero cometo un error al elegir a ese gran místico, en quien mi tesis se comprueba fácilmente. Tomemos más bien el sublime *Concierto campestre* de Giorgione. Es la alegría de vivir; pero a ella se une una especie de ebriedad melancólica: ¿qué es la alegría humana? ¿De dónde viene? ¿Dónde va? Enigma de la existencia.

Tomemos, si se quiere, las *Espigadoras* de Millet. Una de esas mujeres, que sufren terriblemente bajo el sol tórrido, se hiergue y mira el horizonte. Y nos parece adivinar que en esa cabeza ruda, una cuestión acaba de plantearse a través de un relámpago de conciencia:

—¿Para qué?

Ese es el misterio que flota en toda la obra.

¿Para qué, la ley que encadena las criaturas a la existencia para hacerlas sufrir? Para qué esa eterna añagaza que les hace amar la vida, tan dolorosa sin embargo? ¿Angustioso problema!

Y no son solamente las obras maestras de la civilización cristiana las que producen esta impresión misteriosa. Se la siente también ante las obras del arte antiguo, ante las tres *Parcas* del Parthenon, por ejemplo. Las llamo así porque es el nombre consagrado, aunque según la opinión de los sabios, esas estatuas representan otras diosas; de todos modos no importa! No son sino tres mujeres

sentadas, pero su pose es tan serena; tan augusta, que parecen participar de algo enorme que no se ve... Sobre ellas reina, en efecto, el gran misterio: la Razón

mente, otros, cuya imaginación es más riente, creen percibir más allá del muro los cantos de melodiosas aves que pueblan el sagrado vergel.

después de haberse alejado, dirigía involuntariamente una última mirada a la pantera, como si sintiese algo de común entre su propio destino y el de aquella



COROT — (Paisaje) — Corot veía una bondad infinita esparcida sobre los árboles, sobre la hierba de las praderas, sobre el espejo de los lagos.

inmaterial, eterna, a la cual toda la Naturaleza obedece...

Así todos los maestros llegan hasta el límite más allá del cual domina lo Incognoscible. Algunos se torturan lamentable-



Rodin — (El Pensador) — ¿Dónde mejor que en esta obra se siente la inquietud, el esfuerzo del espíritu por alcanzar "el dominio, quimérico quizás, de la verdad y de la libertad sin límites" a pesar de la pesantez del cuerpo?

Ciertamente que, como todo artista, yo también he sentido esa inquietud espiritual. Si la he traducido en mis obras, es inútil que pretenda explicarlas hablando. Yo no soy poeta sino un escultor; si no se lee fácilmente en mis esculturas, tanto valdría que no la hubiese sentido.

Alguien me ha comparado a Rembrandt; qué sacrilegio! ¿A Rembrandt, el coloso del arte! Arte Rembrandt hay que inclinarse y no poner jamás a nadie a su lado!

Pero ha observado juiciosamente en mis obras los sobresaltos del alma hacia el reino, posiblemente quimérico, de la verdad y de la libertad sin límites.

¿Estáis convencidos ahora de que el arte es una religión?

Importa sin embargo recordar que el primer mandamiento de esta religión, para los que quieren practicarla, es saber modelar bien un brazo, o un torso, o una cadera!

De Leonidas Andreieff

Un día, hace tiempo, vi en una casa de fieras una pantera negra. No se parecía a las otras fieras que dormitaban vagamente o lanzaban miradas malignas sobre los espectadores. De un lado a otro de la jaula, siguiendo una línea invariable, con una rectitud matemática, caminaba, volviéndose siempre desde el mismo sitio, frotando su pata negra cada vez en la misma barra, donde brillaba un reflejo dorado. Ante su jaula, desde la mañana a la noche, se apretujaba, charlaba y gritaba la multitud; pero ella iba siempre de un lado al otro, sin volver los ojos ni una vez hacia la gente. Y había entre aquella muchedumbre quienes sonreían, pero la mayor parte examinaban seriamente, casi tristemente, aquella viva imagen de una desesperación sin remedio. Y más de uno,

desgraciada bestia prisionera. Y cuando más tarde, los hombres y los libros me hablaron de la eternidad, recordé siempre la pantera, y tenía ya la impresión de conocer la eternidad por su sufrimiento.

Ahora, en mi jaula de piedra, yo mismo he venido a ser algo semejante a aquella bestia. Camino y pienso. Sigo a menudo una sola línea, a través de mi celda, de un lado al otro; y siguiendo una sola línea, también van mis pensamientos; pensamientos tan abrumadores, que me parece llevar sobre mis hombros, no sólo mi cabeza sino el mundo entero. Y todos mis pensamientos consisten en una sola palabra: pero, ¡cuán grande, cuán dolorosa, cuán malvada es esta palabra! MENTIRA!

De nuevo esta palabra se lanza contra mí, silbando, desde todos los rincones, y se arrolla en torno a mi cuello. Pero ha dejado de ser una vivora pequeña para tomar el aspecto de un dragón enorme. Y el monstruo me muerde, desgarrando mis carnes con sus dientes de hierro; y cuando abre la boca para gritar, en fuerza de sufrir, de mi boca abierta sale siempre una sola, una misma palabra: ¡MENTIRA!

Esta palabra ebulliente murmura sin cesar en mis oídos, acabando por enfurecerme. Golpeo con el pie, gritando: La mentira no existe, yo he matado la mentira.

Y me tapo los oídos para no oír la respuesta que va a llegarme de todos los rincones de la celda. Pero la respuesta, poco a poco, se insinúa en mí: ¡MENTIRA!

Es que, ¿ganio ustedes, yo me engrasé miserablemente. He matado a la mujer, pero la mentira, nació inmortal. Yo no debí haber matado a aquella mujer sin que antes, mediante el ruego, por la astucia o por el fuego, hubiese arrancado de ella la verdad.

También salieron de él todas las escrituras semíticas, desde el arameo y el hebreo hasta el siríaco y el árabe — todos los analfabetos del centro de Asia y

el hindú, que dió a su vez nacimiento al devanagari y a todos los alfabetos del Asia meridional.

X. X.

LA VOZ DE NUESTRAS COPAÑERAS

LA MUJER Y LA POLITICA

Hace medio siglo, quizá más, que se agita la cuestión, siempre discutida y aún no resuelta, del voto de las mujeres. Francia, esa "antorcha del progreso" ha sido dejada atrás, sobre esta cuestión, como en tantas otras, por la mitad de Europa. Sin embargo, se habla de otorgar a las francesas la preciosa boleta.

Las feministas se alegrarán, si se les acuerda, de esta victoria tanto tiempo esperada. La mujer, mantenida siempre apartada de la vida social, se sentirá, al fin, igual al hombre, y esta igualdad reconocida, constituirá un progreso. Desde el punto de vista político, la mujer actualmente no tiene ningún derecho: ella obedece las leyes sin haber participado en ellas, paga sus impuestos sin dar su opinión sobre la aplicación que se les da. Una vez ciudadana tendrá como el hombre su derecho de emitir su opinión y el de discutir la de los otros. Ganará también, por lo menos así lo espera, mayor libertad y más respecto por parte del hombre. El horizonte ampliado se extenderá entonces más allá del hogar, los niños o el folletín. Obligada a leer los diarios, a asistir a reuniones, la mujer verá aumentar sus conocimientos y su vida hacerse más interesante. En fin, en la sociedad, la mujer entonces sería algo: se sentiría una fuerza y no se la podría descuidar como antes. ¿Y no será para ella una bella revancha — pacífica por otra parte — la que podría tomar al fin sobre el sexo opresor? Sentirse un individuo, un engranaje social, ser parecida al hombre, sobre todo, ¡qué victoria impacientemente deseada!

Ser semejante al hombre, tal es, en efecto, la aspiración secreta de las mujeres en general. Uno de los reproches que se le dirige a su debilidad, — a menudo erróneamente, porque ellas demuestran a veces más coraje físico que los hombres — es su admiración, casi su culto a la fuerza. ¿Será la eterna atracción de los contrarios? Ellas buscan, aman en el hombre lo que más les falta. Las más refinadas hasta sufren a veces el antiguo prejuicio de la inferioridad femenina. Más débil que el hombre, la mujer, para ser su igual, ensaya hacerse fuerte, físicamente, con el trabajo y el deporte; moralmente con la conquista de los derechos políticos que él posee. Parece que el hombre, símbolo de la fuerza, es su único modelo y que sus deseos más queridos son llegar hasta eso.

Ciertamente, esa igualdad de sexos, esa libertad política por la cual han luchado y sufrido tantas sufragettes, provienen de un deseo muy legítimo de emancipación. Los partidarios de la tradición se inquietan. ¿Qué será del mundo, si la mujer, hasta ahora mantenida bajo tutela, reclama su parte de autoridad? El mundo, sin embargo, no arriesga gran cosa, y las mujeres podrán, como los hombres, votar, sin que la sociedad se haga por eso peor ni mejor. La libertad política, que ellas envidian a los hombres, será, para ellas como para ellos, una conquista ficticia, una sabia ilusión gracias a la cual creerán, quizá, haberse

libertado, pero en realidad serán más esclavas que nunca. La mujer durante siglos ha soportado la dominación del hombre. Queriendo emanciparse, ella pide ahora el mismo derecho que él, el de *recho de elegirse-amos*. ¿Dónde está la emancipación? La igualdad en la esclavitud no es el progreso. Porque el *ciudadano*, a pesar de su título está lejos de accionar a su gusto y de tener su parte en el gobierno, dígan lo que quieran los manuales de instrucción cívica. *El pueblo soberano*, que expresa su voluntad un día cada cuatro años, es verdaderamente un soberano que se contenta con poco. Pero en realidad el elector soporta pasivamente las leyes, sin haberlas hecho, y sin poderles cambiar nada. Determinado por el mecanismo gubernamental, no puede, con su voto, sino consolidar la autoridad que ya lo oprime y dar una apariencia de justicia a esta tiranía colectiva que se llama la ley. La ley, a pesar del sufragio universal, como resultado mismo de esta institución, está siempre establecida por los fuertes contra los débiles. Todas las libertades adquiridas en el curso de la historia lo han sido fuera de las leyes: han sido arrancadas ilegalmente, por la fuerza, y las leyes no han hecho sino legitimarlas, no pudiendo destruirlas.

La boleta del voto es, por lo tanto, una conquista inútil y posiblemente perjudicial. Inútil porque no puede libertar al individuo. Perjudicial a la mujer, habiéndola obtenido, si imagina que ella se ha emancipado gracias a él, si limitara a eso sus reivindicaciones. Ya Mirbeau, hace treinta y cuatro años, se asombraba burlescamente, de que todavía fuera posible encontrar, en un perdido rincón de la Bretaña o de Auvernia, un elector. "¿A qué sentimiento barroco, a qué misteriosa sugestión, puede obedecer tanto ese bípodo pensante, dotado de una voluntad, según se pretende, y que va soberbio con su derecho, seguro de que cumple con un deber, a depositar en una urna cualquiera una cualquier lista, poco importa el nombre que haya puesto en ella?... ¿Qué es lo que espera?... El no puede llegar a comprender que no existe sino una razón de ser histórica, y es la de pagar por un montón de cosas de las cuales él no gozará jamás, y de morir por combinaciones que no le atañen absolutamente."

En verdad, sería para la mujer un raro lugar de perfeccionamiento intelectual y moral el Parlamento!

¿Qué emancipación puede esperar de las reuniones electorales, llenas de bajos intereses, de intrigas ruines y sucias? ¿Le será preciso recurrir como el hombre, a las comedias múltiples y vergonzosas que la política impone a sus lacayos? Si quiere tener éxito estará más o menos obligada: las feministas, mejor que nada, se resignarán a aceptar ese sucio combate. "Una vez la igualdad sexual conquistada, escribe una de ellas — la mujer en el combate de la vida adquirirá esa dureza de corazón que es la condición, hasta

el presente, del otro sexo. Golpeada, golpeará; expoliada, expoliará." Posiblemente las almas delicadas preferirán alejarse de esas batallas electorales, a menudo asquerosas, vanas casi siempre. Las ventajas económicas que les reportarían (admisibilidad de la mujer en todos los empleos, con igualdad de salarios para ambos sexos; supresión de las leyes que subordinan la mujer al hombre) no llegarán a compensar las cualidades morales que tendrán que sacrificar durante esas luchas.

Y sin embargo, la mujer no debe desinteresarse de las luchas sociales. ¿No habrá otro medio más eficaz para conquistar su independencia, que el de solicitar una boleta de voto? Por otra parte abandonar completamente esta reivindicación ¿no sería reconocer, de antemano, la propia incapacidad de realizarla? Y, ya que en la sociedad actual, las reclamaciones del ciudadano son las únicas legalmente atendidas, ¿no será más conveniente reclamar por de pronto los derechos políticos? Las mujeres llegarían a ser, gracias a ellos, una fuerza que por pequeña que fuera, les bastaría para hacerse escuchar. Una vez reconocida la igualdad política, la habrían apreciado en su justo valor, y hasta desdeñarla, alejándose como hacen los revolucionarios, de la lucha electoral. Y reservando sus energías para luchas más útiles, se esforzarían por conquistar en otra parte su emancipación. La política, las querellas de los partidos o de personas no enseñan nada, y a la mujer por otra parte, no le interesan mucho. No es la atmósfera pesada y ardiente de las salas electorales la que le conviene! Son más bien las reuniones educativas, la discusión de ideas nuevas, las conferencias contradictorias y vivientes las que le aprovecharán para su educación social, todavía por hacer completamente. Agregará la lectura de libros, serios y atrayentes a la vez, y la de diarios avanzados; al mismo tiempo su compañero, su hermano o su marido la iniciará poco a poco en las cuestiones sociales. En fin, entrará, para educarse al principio, para ayudar a las otras después, en asociaciones profesionales (como el Sindicato) o hasta con tendencias políticas sin ser electorales (como la Masonería). Allí se ejercitará en expresar claramente sus reivindicaciones, con la palabra y la pluma, y a realizarlas. Milita en los sindicatos o grupos avanzados sería naturalmente más eficaz para la emancipación de la mujer, que elegir un diputado o una diputada que prometen siempre mucho y no pueden nunca cumplir nada.

Ni la mujer ni el hombre tienen nada que esperar de sus dirigentes. "Nuestro enemigo es nuestro amo, él no nos dará nunca la felicidad". En lugar de esperar el bienestar de una boleta electoral, la mujer ganaría en compenetrarse profundamente de estas sabias palabras, aplicándose las: "La emancipación de la mujer será obra de la mujer misma."

UNA REBELDE

Es preferible la servidumbre material y el alma libre que la esclavitud moral en el bienestar.

Es, sin embargo, este último partido el que la democracia parece reservarnos. Un alma libre en un cuerpo libre, este ideal no es el suyo ni el de la burguesía. Es preciso que uno u otro sea sacrificado a la ambición de los políticos de la derecha o de la izquierda.

Gerard de LACAZE-DUTHIERS

CUADROS DE LA GRAN CIUDAD



(Dibujo de ZILLE)

El sueño del desheredado en la noche de año nuevo.